

— Y desde tal sazón estamos tranquilos, pues todas sus enseñanzas tiran á restaurar el gobierno republicano.

— Equivócaste de medio á medio, César. ¡Si esas enseñanzas tiran más bien á la indiferencia en todo lo terrestre y en todo lo humano que al interés por antiguas instituciones, cuya ruina irreparable observa con toda precisión la profunda vista y el profundo pensamiento de un filósofo!

— No me convences, no me convences, Agripina.

— Yo he visto pocos hombres tan señoreados como Séneca de sí mismo. Nueve años de su vida consumió en isla salvaje, de clima nocivo, de tierra estéril, de bárbaros pobladores, batida siempre por las olas y casi abandonada de los romanos.

— Pues tenía merecido el destierro — dijo Claudio.

— Solo — continuó Agripina como sin ver á su marido, — apenado, víctima de ingratitudes y olvidos, lejos de pedir consuelos á los demás, él á los demás ha consolado y acorrido. Lee su libro *De consolación*, y dime luego si persistes en tu desatinado juicio.

— Todo ello retórica, palabrerías, alharacas, vaciedades.

— ¡Qué digas tales cosas, Claudio!

— Gustárame Séneca si fuera un legislador, un jurisconsulto, un estadista; pero siendo un filósofo á secas, le creo un charlatán y le juzgo digno de proscripción perdurable.

— Pero, Claudio, nunca las leyes y las instituciones surgieran en el espacio sin haber antes en el pensamiento surgido las ideas, madres y generadoras suyas.

— Pero nunca tampoco los romanos tuvieran veleidades increíbles de volver atrás los ojos en busca de la república, si maestros como Séneca no mantuvieran con palabras de artificio é ideas de plagio las tristes aspiraciones republicanas.

— Casualmente su filosofía es todo lo contrario de cuanto supones tú, pues levanta el alma sobre todas las miserias y hace, así de nuestros dolores como de nuestras desgracias, una verdadera disciplina para el espíritu y una verdadera higiene para el cuerpo.

— ¡Buena está su filosofía! — murmuró Claudio ya casi asfixiado por la granizada de argumentos que la mujer le llovía sin tregua ni tasa en el rostro.

— La fuerza de su pensamiento ha llegado al extremo de con-

trastar la debilidad incontrastable casi de su cuerpo. Epiléptico, ha dominado estremecimientos y desórdenes de sus músculos bajo el imperio de una voluntad soberana. Con sólo verle se observa en él únicamente aquella cantidad necesaria de materia indispensable á mantener su cuerpo.

— Flate de los amarillos y de los flacos — añadió Claudio por añadir algo.

— Decidido el desposorio de tu Octavia con mi Nerón, precisa de algún modo celebrarlo. Firma, pues, la orden de amnistía en que se halla comprendido Séneca, firmala.

Y le presentó con imperio el decreto donde se hallaba escrita su voluntad con precisión.

— Pero, Agripina, ¿quieres hacerme girar de pronto así al impulso de tu capricho cual si fuese yo rueda de molino que obedece al agua impulsora ciegamente?

— No hay escape. ¡Firma!

Y los ojos de Agripina centelleaban relámpagos tales de ira, que atemorizado Claudio firmó trémulo y ruboroso como un chiquillo.

— Hecha por tu sanción ley mi voluntad, te lo anuncio, apresuraré cuanto pueda el regreso de Séneca, pues lo destino á esclarecer la inteligencia y levantar el ánimo de mi Nerón, quien mucho lo ha menester; pues, en mi ausencia, cuando el demente de Calígula me proscribiera, puesto el infeliz hijo mío, de su madre privado, en poder de nuestra tía Lépidia, ésta, pretextando quererle mucho, no le corregía en propensión ninguna y le daba de maestros un bailarín y un peluquero. Tales profesores le industriaron en el arte de vestirse, peinarse, adobar mucho el cuerpo, correr, danzar, pero no en los altos principios de gobierno indispensables á quien goza categoría tan alta como su principado en Roma y proviene de origen tan excelso como la sangre de Julio César y Octavio Augusto.

— Bajo ese aspecto declárote que tienes razón. Las lecciones de hombres como Séneca por necesidad aventajarán á los adobos y afeites procurados por un peluquero y á las piruetas enseñadas por un bailarín. Y Nerón habrá de menester tanto más esto cuanto que debemos criarlo en el santo temor de los dioses con el fin

de que sea mañana el consejero áulico y el sostén robusto del hijo mío, su César futuro, de Británico.

— De Britá...

Agripina perdió un momento la luz en los ojos y la inteligencia en el cerebro, presa de un vértigo, al oír una proposición tan opuesta de todo en todo á sus planes y á sus proyectos como la dicha por Claudio. Pero bien pronto se reprimió con soberano esfuerzo y se dominó con absoluto imperio, penetradísima del riesgo que corrían sus manipulaciones, reveladas hasta el más oscuro fondo en raptó de ciega temeridad. Y tomando un aire de modestia y un aspecto de indiferencia estoica, dijo con mucha serenidad, después de haber superado el balbuceo de rabia sugerido por las ideas de Claudio referentes á los dos príncipes:

— Sí; de Británico, de Británico. Yo no destino á Nerón sino al servicio de su tío, el hijo de Mesalina, como no estoy destinada yo sino á su servicio también, mi amado tío y esposo. Habrá de hacerse lo que quiera Británico, pues lo veo yo escogido para el Imperio y designado á la curia como tu legítimo, natural, propio heredero, engendrado por ti solo en las entrañas de tu mujer Mesalina. ¿Qué otra cosa puede suceder sino que un hijo de tal mujer se asiente allá en la cumbre del mundo con un Nerón á sus plantas, un poco más abajo que él siempre? Y no te prometo estar yo misma en persona junto á tu hijo, cuando sea César, porque yo he resuelto no conocer emperador alguno más que á mi esposo Claudio. Yo no tengo ni planes ni proyectos ni cosa ninguna para la viudez, porque no creo vivir ni un solo día viuda, no creo sobrevivirte veinticuatro horas en el mundo. Yo, como suelen ciertas mujeres de Asia, me arrojaré á la pira que consume tus despojos mortales y moriré contigo.

— ¡Gracias, gracias, gracias! — dijo Claudio con cierta socaronería, que cuadraba mucho y bien á su estolidez aparente.

— Pues no faltaba más — continuaba diciendo Agripina como si hablase consigo á solas en largo monólogo. — Pues no faltaba más sino que alguien contrastase la voluntad imperial; se hará lo que tú quieras, Claudio, en sucesión, en testamento, en todo.

— Como se ha hecho en la vuelta de Séneca — pensó la esclava, pero no lo dijo.

Mas en esto se oye un estruendo enorme, armado por gritos y lloros de muchachos, interjecciones y palabrotas de libertos. Claudio, á quien le costara un gran esfuerzo contrariar á su esposa, no se dió por advertido en su exterior de algazara tan escandalosa y se quedó inmóvil é inerte, como si fuera paráltico de cuerpo cual de voluntad y de conciencia. En cambio Agripina, más nerviosa, más exaltada en la ebullición de sus ideas, en el empuje de su voluntad, en el remonte continuo de sus nervios, saltó como una tigre hacia la puerta, sin respeto ninguno al esposo presente, sin recuerdo tampoco de su dignidad propia, sin miramiento ni consideración á lo que pudiera decirse, al verla tan fuera de sí, en torno suyo. Le había llegado al oído la voz de su cachorro, y esto bastaba para que saltase cual pudiera una leona. En efecto: el tío Británico y su sobrino Nerón entraban agarrados de los pelos con tal furor que no había medio alguno de separarlos y desasir á cada cual de su contrario, pues cuando cedían mechales de pelo á los sendos tirones, agarrábanse á otras con una fuerza y una violencia extraordinarias, por más que Narciso y Palas pugnaban por su separación y aquietamiento. Habíanse mordido, habíanse arañado, habíanse puesto morados y rojos á sendos golpes mortales; y dejados á sí mismos por el respeto natural que á la servidumbre palaciega inspiraban emperatriz y emperador, los muchachuelos, confundidos y empelotados, rodaron hasta los pies de Agripina, fuera de sí ante tal escena. Pudo ésta lo que no habían podido los siervos, detener con su voz la encarnizada riña y levantar del suelo á los dos maltrechos con sus propias manos.

— ¿Qué es esto? — preguntó Agripina.

— Juegos — murmuró maquinalmente Claudio.

— Juegos de fieras — añadió Narciso.

— No puede tolerarse lo que aquí pasa — exclamó por su parte Palas.

— ¿Qué pasa? — preguntó Agripina recogiendo en el seno á su Nerón y rechazando á Británico.

— ¡Ven! — dijo á este último entre dientes Claudio, compadecido de su sangre. Pero como quiera que Agripina lo mirase con extrañeza, no se atrevió á continuar y soltó al propio hijo, sin atreverse ni á un cuidado, ni á una caricia, ni á un consejo.

— Hame llamado por el apellido de mi padre con burla este pillo, decía entre sollozos y pucheros Nerón.

— Él me ha llamado hijo de mala madre — respondió Británico.

— Verdad, pero después que tú habíaste con soberbia envanecido por hijo de César y llamádome á mí patricio á secas, cuando soy príncipe de la sangre augustal y cesárea como tú.

— De todo Narciso tiene la culpa — exclamó con extraordinario furor Agripina.

— ¡Yo! — respondió Narciso, casi helado de miedo, sintiendo que aquellas palabras equivalían á fulminar una sentencia de muerte sobre su cabeza.

— No, no tiene la culpa Narciso, cuya intervenció en todos estos asuntos de muchacho redúcense al cuidado de Británico huérfano — dijo Claudio.

— Buena orfandad la suya, mientras tenga tal padre como tú — dijo Agripina.

— La culpa de todo está en Palas — añadió el César.

— ¿En mí? — preguntó Palas, menos aterrado ciertamente que Narciso, pues mientras Claudio practicaba de fiscal y Agripina de juez, no había para qué tener por su amenazada cabeza cuidado alguno.

— Sí; tú sobresaltas á Nerón y abates á Británico cuando debierais hacer de uno y otro como dos gemelos, ya que, presididos por Agripina y Claudio deben brillar, como Cástor y Pólux, en el cielo de nuestras noches, eternamente sobre las cumbres y eminencias del Imperio.

— Los dos reinando — exclamó entre dientes Agripina; — y en tal caso, ¿qué hacéis de mí, qué hacéis de la emperatriz? No verán tal cosa tus ojos, no la verán, por Hércules.

Y se puso á jurar en sus adentros como cualquier soldado.

— Madre — dijo Nerón, volviéndose á la emperatriz con aire de chico mal criado, — quiere tener una voz de cantante superior á la mía, y tal pretensión jamás la toleraré.

— No quiere tenerla — dijo en voz baja Narciso á la esclava, — no quiere tenerla como asegura el cuitado, en realidad la tiene.

— Pues caso grave — murmuró la esclava, — porque Nerón lo

perdonará todo á su émulo menos una voz resonante y superior. Tenlo así entendido.

— ¿Qué me cuentas á mí? — en voz baja murmuró también el bueno de Narciso. — Como presagié que una catástrofe irreparable terminaría el matrimonio entre Claudio y Mesalina, presagio ahora que á los hijos del infeliz Edipo habrán de asemejarse sin remedio estos dos cuitados, heridos por la fatalidad ciega desde los vientres de sus respectivas madres. En todos estos jaspes, en todas estas ágatas, en todos estos bronces únicamente se retratan monstruos y únicamente se dibujan catástrofes.

— Calla, Narciso. No provoques á la muerte.

— Para lo que puede tardar, venga en buen hora. Desde su matrimonio con Agripina, el emperador ha convertido mi existencia en perdurable agonía. Córreme ya prisa de lanzar y despedir mi último aliento.

— Calla, Narciso, calla — le dijo la esclava. — Retírate; pues de hablar conmigo insistentemente, lo verá la emperatriz y recelará de mí cual te aborrece á ti.

— Estás en lo cierto. Mi sombra difunde por doquier la muerte que llevo ya en mis venas.

— ¡Padre, padre! — decía entretanto el joven Británico, guareciéndose trémulo en las rodillas de Claudio, — ese mi sobrino Domicio asegura que llegará muy pronto al imperio, siendo él nuestro César y yo su esclavo.

— Agripina — dijo el devoto Palas á la oreja de su señora, — si no inmolamos pronto ese muchacho, él dará cuenta de nosotros, él ambiciosísimo desde la cuna y alentado en sus ambiciones por las complacencias de Claudio.

— Déjame las manos libres — dijo Agripina con intención á Palas, — déjame las manos libres, y ten por cierto que llevaré todas nuestras constantes aspiraciones á satisfacción y logro. Calla, oye, sigue, obedece.

— Padre mío — repetía Británico, — yo no quiero separarme de ti.

— Difícil cosa estar á mi lado, cuando yo tengo sobre mis hombros la pesadumbre del Imperio y muchas veces necesito hallarme solo, y otras veces necesito estar con muchas gentes, entre las cuales no puedo á ti contarte.

— Pues yo lo quiero.

— También quiero yo que te lleves con mi Neron bien y no puedo conseguirlo. Te lo ruego unas veces, otras veces te lo mando, y nada.

— Porque lo malcrían tus libertos — dijo Agripina, — y muy de veras y muy de continuo.

— Justo, justo. Has dado en el hito — exclamó Palas.

— Los libertos — exclamó Narciso, arriesgándose á desafiar las furias de Agripina, como si le pesase la vida, — han hecho con el hijo de Claudio aquello que con Claudio mismo: defenderlo de innumerables asechanzas y preservarlo en el debido puerto contra todos los vientos y todos los oleajes desatados en torno suyo. El cielo presagia horrores; y contra estos horrores al príncipe no le queda más guardia que su servidumbre, la cual se ofrece devota en holocausto sobre sus altares y se interpone como una víctima entre las amenazas de poderosísimas cóleras y su tierna delicada juventud. Ha llovido sangre. Una mujer del Transtevere acaba de parir cierto muchacho con dos cabezas. Los enjambres de abejas han dejado en las campiñas los troncos de sus hayas para posarse sobre las alturas del Capitolio. Las Parcas han cogido en sus uñas á todos nuestros magistrados. Acaban de morir un cónsul, un pretor, un edil, un tribuno cuasi de repente. La muerte funesta invade con su triste sombra todo cuanto nos rodea. Y como estas señales observemos y nos veamos en deshecho naufragio acudimos en socorro del joven príncipe designado á la desgracia por tantos funestos signos, y queremos ó bien preservarlo incólume ó bien á sus pies morir y por su causa. Nadie nos hará desistir de tal empeño. Consagraremos á Británico la fidelidad que otros tiempos consagráramos á Claudio cuando la pedía él y la necesitaba.

— Para nada se necesita — exclamó la emperatriz furiosa — que se sustituyan con los artificios de una servidumbre, obligada por mil razones á callarse, los poderes múltiples delegados de la sociedad, de la Naturaleza en Claudio y en mí sobre nuestros hijos por leyes morales y escritas. Aquí están los padres de Nerón y de Británico. Nadie puede amar á éstos en el mundo, nadie cual nosotros dos los amamos. Imposible sustituir con tutela ninguna, y menos con tutelas serviles, aquella natural con que ha investido á los padres el

cielo mismo. Ya sabemos — y al decir esto, miraba la emperatriz á los ojos de Narciso, escudriñándole su alma, — ya sabemos nosotros lo que son ciertos ministros de los príncipes, dados á quererles y servirlos para mejor explotarlos. Además — añadió con pérfido retintín en alusiones mortales asestadas sobre la historia de Narciso — no quiero yo, no quiero entregar un hijo al verdugo de su madre. Quien mató á Mesalina mal puede curarse del hijo de Mesalina. Británico estará desde hoy en la parte del palacio adscrita por Claudio á mi vivienda. Allí estará bajo un pie igual á Nerón; y nadie será osado á sembrar entre los dos hermanos interesadísimas discordias.

— ¡Padre, padre mío, yo no quiero irme con esa mujer, yo no quiero estar bajo el mismo pie que Domicio!

— Llámame Nerón — le dijo éste con tono imperioso.

— ¡Domicio, Domicio, Domicio! — repitió el desdichado Británico en su pueril temperamento.

— Vendrás conmigo — exclamó Agripina, — ó no seré yo quien soy. ¡No faltaba otra cosa que dices á la servidumbre del palacio ejemplos de rebeldía! ¿Quién te querrá como una madre? ¿Quién podrá tratar mejor que yo de conservarte pura la sangre recibida por tus venas de nuestros comunes mayores? Pues qué, ¿no fué Druso tu abuelo y mi abuelo? ¿No fué Livia tu bisabuela y mi abuela? ¿No fueron Claudio tu padre y Germánico mi padre dos buenos hermanos?

— Pues por lo mismo que tu padre y el mío fueron dos hermanos, yo nada quiero contigo, casada contra las leyes de Roma — respondió Británico.

— ¡Deslenguado! — exclamó Agripina con tal ronco acento que creyóse la muy próxima en su rabia y furor á engullirse con voracidad de tiburón ó cocodrilo al muchacho.

— ¡Británico! — exclamó Claudio, con suma paciencia. — ¿Quién te sugiere tales despropósitos?

— ¿Y tú se lo preguntas? — dijo Agripina, interrogando con sorna terrible al buen Claudio.

— Vamos, Británico, repórtate, hijo mío — exclamó Claudio casi lloroso y viendo cómo el relampagueo de las miradas siniestras despedidas como centellear de tempestad por los ojos de Agripina envolvían á su hijo y lo abrasaban sin remedio.

— Quien dice todas esas garrulidades infames á Británico no está lejos: es tu protegido, tu predilecto, tu ministro, aquel á quien sueles entregar la parte mejor del gobierno en detrimento de ti mismo y de todos los tuyos.

— ¡Claudio! — exclamó el pobre liberto amenazado por aquella furia, hincándose á los pies del emperador y asiéndole ambas rodillas.

— Claudio, no prives á tu criado del último favor que te pedirá en la vida y del último consuelo que le resta en su desgracia, no le prives de la compañía de Británico.

— ¡Padre, padre! — decía Británico, de rodillas también. — No me cedas y entregues á esa mujer. Quítame antes la vida que me diste. Retira tus carnes de mis huesos, puesto que son tuyas. La muerte me parecerá piadosa y amable viniendo pronto de tus sacras manos. Pero, por la memoria de nuestros progenitores, por los manes de nuestros muertos, por el nombre de nuestros dioses, no me cedas y entregues á esa madrastra.

— ¡Guardias! — gritó Agripina, dirigiéndose á los pretorianos de centinela en el palacio. — Coged al príncipe Británico y encerradlo en el cuarto contiguo al del príncipe Nerón.

— ¡Que lo llevan á la muerte! — vociferaba fuera de sí Narciso, mientras los guardias se llevaban al joven á pesar de sus resistencias y de sus forcejeos.

— Ya sabrás, puesto que guerra quieres, Narciso, quién es Agripina — dijo la emperatriz, recogiendo de la mano y besando en la frente á su Nerón para irse con él y cerciorarse del cautiverio de Británico. Claudio se desmayó; mas la emperatriz no hizo caso al síncope del emperador.

FIN DEL TOMO PRIMERO

## ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

	Páginas
CAPITULO PRIMERO. — Ambición y amores.	5
CAPITULO II. — Murmuraciones domésticas.	19
CAPITULO III. — El amor y la muerte.	29
CAPITULO IV. — Desapoderadas nupcias.	39
CAPITULO V. — Los adúlteros.	57
CAPITULO VI. — Las tempestades de Ostia.	69
CAPITULO VII. — Los esposos.	95
CAPITULO VIII. — El castigo.	113
CAPITULO IX. — Agripina.	149
CAPITULO X. — Biblioteca de Claudio.	175
CAPITULO XI. — La naturaleza y el arte de Nerón.	193
CAPITULO XII. — Intrigas y seducciones.	213
CAPITULO XIII. — Las abuelas de Agripina.	231
CAPITULO XIV. — Los comienzos del nuevo reinado.	287

ADVERTENCIA. — El cromo que representa una URNA CINERARIA DE CRISTAL AZUL CON BAJOS RELIEVES DE ESMALTE BLANCO debe colocarse enfrente de la portada.